

12.- EL ADELANTADO

Antonio LUJAN SERVET

E- 23280. Jaén (España)

Lactarius 11: 103-106 (2002). ISSN: 1132-2365

Camino de la Sierra, una vez cruzado el río, la carretera va elevándose suavemente hasta llegar a un pequeño montículo, con más matas que arbolado, rodeándolo mediante una amplia curva que nos adentra en el bosque. Un bosque tupido donde la luz del sol entra con dificultad, produciendo un cierto agobio. Después de recorrer unos cientos de metros por tan lúgubre lugar, a la izquierda, un pequeño agujero entre el arbolado nos ofrece la vista de un claro, al que los lugareños denominan "*La ventana*", a causa de su luminosidad en contraposición con la umbría del bosque. Al claro, algo menor de 0,5 Has., se accede desde la carretera por un balate, que parece formar el antepecho de la ventana.

Al principio del otoño, dando un paseo desde el río llegué a

dicho paraje y entrando en él, dos o tres pasos, me senté a descansar un momento. El sitio era muy agradable y se me fue el santo al cielo. Sin saber por qué, empecé a ponerme nervioso y a sentir un extraño desasosiego... era como un pequeño ruido, como un susurro y pronto advertí que provenía del balate, que quedaba a mi derecha. Por más que miraba no veía nada. Me estaba poniendo mosca cuando encontré la solución...

Antes de continuar voy a aclarar algunas cosas. Yo soy un "*setero*" con muchos años de experiencia (aunque algunos vanos, porque no llueve "*ná*" y encima hiela). Cualquiera principiante a setero, a poco interés que muestre es capaz de oír crecer a las setas; sobre todo a las más ruidosas: los "*guízganos*" que al crecer desplazan a la pinocha; las

exclamaciones de satisfacción de los champiñones al emerger del suelo; la algarabía de las sende-ruelas al cerrar el corro de brujas; ... Pero ya he dicho que soy un setero viejo, perdón, experto. Yo oigo a las setas trajinar dentro del terreno, cuando el micelio está trabajando a destajo. Aclarado todo esto, sigamos...

Al pie del balate, en la cuneta de la carretera, un puñado de micelio estaba generando una seta. ¿Cuál?. Esperar, yo las oigo pero no las veo. Solo las conozco cuando están fuera (y no siempre). Al poco rato localicé el sitio exacto por donde iba a “nacer” la seta. Me quedé quieto, no fuera a asustarse y se escondiera. Despacio, muy despacio, empezó a moverse la superficie del suelo y no tardó en aparecer una minúscula mancha blanquecina, que poco a poco aumentaba de tamaño desplazando a los lados las pequeñas partículas del terreno; fue elevándose con elegancia, consciente de su importancia, muy tiesa y muy blanca ¡blanquí-sima!, enseguida supe cual era, pero sucedió algo inesperado.

¡La seta se puso a hablar!. No es que hiciera más o menos rui-

do, es que hablaba y consigo misma. No os lo perdáis. Escuchad:

- *“Vaya, por fin salimos, cuanto trabajo me ha costado romper la costra del suelo. En fin, ya estamos aquí. ¡Qué micelio más pesado!. Todo el tiempo diciendo: no corras, que puede ser pronto. El correr mucho a veces es peor.”*

- *“¡Qué bonito! ¡Qué setas tan altas y verdes! Estas deben llevar mucho tiempo. ¿De qué familia serán?. Se lo voy a preguntar. ¡Eh! ¡Oiga! ¿Tú de quién eres?... Ni caso, antipáticos, podrían decir algo, no sé, por lo menos un gesto, una sonrisa,... deben ser extranjeros. Alguno de mis hermanos lo sabrá.”*

- *“Ya decía que me faltaba algo. ¿Dónde están los otros? Mi micelio me ha dejado claro que no me preocupara, que salimos todos juntos formando un paisaje precioso. Claro lo dicen de oídas. Los pobres nunca salen... Parece que tardan, vamos a dar un estirón y así vemos más terreno. Abajo no paran de gruñir, dicen que no ha llovido mucho, la verdad es que son unos pesimistas. El caso es que cuando llueve mucho también se quejan.*

Tienen de mote los agricultores, pero no sé por qué.”

- “¡Vamos a echar otro ojeo! Nada por aquí, nada por allí,... ¿Será posible?. Me han estado reteniendo y salgo el último y ya no queda nadie, ni la muestra. Para que te fíes del personal técnico, presumiendo de que todo lo tienen previsto y calculado. Que si plan A, que si plan B,... y al final solo hacen pifias. A ver donde me quejo, ni libro de reclamaciones, ni... ¡Por Comatus! Alguien tiene que poner orden. Llevan mucho tiempo manejando el cotarro y va de mal en peor”

- “Bueno a vivir, que son un puñado de horas ¿Qué raro? No se ve a nadie. Dicen que vienen unos seres y se los llevan a todos, pero siempre quedaría alguno escondido, o alguno viejo, o uno tardío. ¿Seré el primero o el último? ¿Qué es peor? No lo puedo saber porque es imposible ser ambas cosas a la vez,, a menos que sea solo”

- Esto se está liando. ¿Vamos despacio?

- Primera opción: puedo ser algo así como el último Mohicano. ¿Es un honor o una desgracia?

¿Qué he hecho yo para merecer esto? No puede ser, me lo hubieran dicho ahí abajo. El micelio no se pierde las malas noticias, porque ser el único, lo mires como lo mires, es una desgracia. Decidido: opción descartada.

- Segunda opción: el último. No lo veo muy claro. Ni un pequeño resto de los anteriores, ni una mancha negra. ¡Eh! ¡Qué pasa allí! Ustedes, las escandalosas ¿quiénes sois?

- Somos un grupo de Collybias, ¿qué quieres? Date prisa que estamos muy ocupadas con nuestros chismorreos.

- ¿Habéis visto gente como yo?

- No. Además nosotras no hemos sido y no sabemos nada. Adiós.

- Pues sí que me han sido de ayuda. Cada vez estoy más convencido de no ser el último

- Tercera posibilidad: el primero. Lo que más me fastidia es que tenga razón el micelio. ¡Todo el mundo quieto! Nada de crecer, a aguantar como sea a que salgan los demás para poder echar una parrafada. Vaya panorama, venir a este mundo y pasarme la vida

hablando conmigo mismo. Porque lo de las cotorras esas no se puede contabilizar como conversación. Vamos a arrimar todos el hombro. Vosotros, los de ahí abajo, no me sobrealimentéis. La campana quieta, nada de empezar a hincharse, pues en cuanto se abre un poco empiezan los problemas en los bordes y en la cabeza. A ver si aguantamos un poco, no creo que tarden en salir los demás. El micelio tenía razón, y yo sin hacerle caso, metiéndole prisa.

-... Silencio. Algo se oye, que murmullo más agradable. Todo el terreno se estremece. ¡Qué nervios! ¡Padre Comatus! que sean ellos, por caridad, me queda poco tiempo, quizás solo para decir hola y adiós.

-... ¡Sí! ¡Sí! Son ellos, ¡qué bonicos!, los de la parte baja del balate van un poco adelantados. Estaré tonto, no estoy llorando... Ya empieza la cuenta atrás para mí. Deprisa, deprisa, no os demoréis, por favor hablarme,

habí...

- ¡Hola! ¡Hola! Estamos todos, ya podemos cantar nuestra canción, la balada de... ¡mirad! uno que se ha adelantado, un pardillo que se ha perdido la fiesta. Qué desfachatez, que desvergüenza, que falta de respeto. No me pude aguantar, después de oír las desventuras del pobre adelantado. Hice oídos sordos a la cháchara de los recién llegados, y aunque tenía las piernas entumecidas por estar tanto tiempo sentado, uno a uno los fui cogiendo y echando a la cesta, y al coger el último se acabaron las voces, murmullos y lamentos. Me acerqué al adelantado. Tenía la campana completamente abierta, con los bordes chorreando gotas negras y el cuerpo negro como la pez.

- Me salió de muy adentro: Te prometo no coger nunca al primero de vosotros, bastante desgracia tenéis.

- ¡Las setas!. ¿Qué setas?. ¡Ah! Muy ricas.